EL CREPUSCULO DE LOS GOLIARDOS

I

Quedaré en esta tierra poco tiempo. La luz se apaga entre cenizas cada día más densas. Me hubiera gustado ver otros cielos y otras nubes, algún resplandor de aquella primavera, purísima en sus verdes, y en sus aromas, única; prolongar el rastro de unos ojos de mujer y el calor de unos muslos en la efímera gloria de la tarde; saborear de nuevo el humo del tabaco, el ámbar de la miel y del membrillo; y volver a las raíces de la viña, al fuego del vino y al rencor de las heces; volver hasta el vaso centelleante y su plena soledad multiplicada.

Pero son escasos los poderes del vino, y parvos los de su pasión vertiginosa. No hay en él otros mundos, no abre más espacios que los del torbellino, no puede al fin frenar las manos del reloj ni el movimiento. Todas las compañías que brinda son ilusorias; todos los diálogos que se alzan en su nombre, monólogos dolosos. ¿Ante qué vaso ríe y se disculpa el Archipoeta? ¿En qué taberna habitan Sedulius Scottus y Gualterio de Chatillón? Y Hugo de Orleans el «Primas» de Francia, ¿con quién celebra ahora la gracia de las uvas? La grey del papa Golías tal vez no existió nunca; el propio pontífice no parece ser más que una fantasía o una invención desaforada.

Yo estoy en Montevideo, donde he nacido; recorro sus calles, las mido y las habito con la desesperación de un alma errante. ¿Por qué aquí, en este tiempo, y a estas horas? ¿Qué puedo ver y apresar? Hay barrios de sombra y madreselva; callejas íntimas y estrechas; esquinas perdidas, plátanos y sauces junto a los charcos; avenidas tumultuosas y un rumor como de sueño amargo que envuelve los pasos vagabundos. ¿Cuántas veces fui y vine, cuántas mañanas, tardes o noches se acumulan en ese solo instante que recuerdo tras el despertar? En alguna parte se suspende el vagabundeo; en algún cruce preciso, con nombres y con historia, se descansa para beber otro vaso de vino. ¿Son distintos ese lugar de aquél? ¿Todos los barrios no son el mismo barrio? Hubo uno, lejos (¿años, cuadras?) con aspereza de higuera, *duro aroma de bodega y humo de ferrocarril. ¿Viví de niño allí, o* hasta allí viajo siempre, en mitad de la fuerte embriaguez con que

trajino por las calles, mientras los olores de las casas, de los sucios papeles tirados, de las frutas pudriéndose al sol salmodian el llanto de la destrucción y del hastío?

Ayer, hoy, mañana: en algún sitio vive el dios que los enlace, y los funda, y los disuelva en la codiciada unidad. Desde algún sitio hace señas, relampaguea, truena o ruega: quiere encarnarse, vivir otra vez para mejor morirse, gozar de la aurora y del crepúsculo. ¿Cómo buscarlo? ¿Cómo oírlo? ¿Y cuándo?

Son fugitivos, gustan del vivir errante, dice Le Goff. Poesía tabernaria, insurrección contra la potestad espiritual, desenfrenada expansión de la alegría de vivir: así se expresa Menéndez y Pelayo. Tipo afín al juglar el de los *clérigos o escolares vagabundos*, enseña Menéndez Pidal, «a quienes el arzobispo de Seus, a principios del siglo x, manda rapar, a fin de borrar en ellos la tonsura clerical; los *vagos scholars aut goliardos*, a quienes el Concilio de Tréveris en 1227 prohíbe cantar en las misas versos al Sanctus y al Agnus Dei; los *clericos joculatores seu goliardos aut bofones*, que la Decretal de Bonifacio VIII excluía de los privilegios clericales». «Todos ellos —apunta Alfredo Dornheim— son poetas ambulantes sin posición ni remuneración fijas, que dependían del favor de influyentes políticos o clérigos.» Desenfrenados, pródigos, sin ambiciones, corrobora Monroe, quien agrega: «van de una universidad a otra, encontrando en cada una de ellas un hogar como en su propia nación». Son los integrantes de la Ordo Vagorum, que con tanta minucia estudió Helen Wadell; los que en París aprenden artes liberales, leen escritores antiguos en Orleáns, estudian en Salerno medicina y en Toledo practican nigromancia; los autores del Padrenuestro del vino y de las recriminaciones a la Fortuna; los que manifiestan como su propósito morir en la taberna *(Meum est propositum in taberna mori)* y rendir tributo al imperio de Venus; los gozadores de la primavera, del bosque y de las flores; los que dan al viento, al azar y al olvido, durante los siglos XII y XIII, poemas de exaltación, sensualidad y placer, que manos anónimas copian y recopilan; los que vuelven a la vida en el pasado siglo, cuando en el monasterio de Benediktbeuren, en Baviera, se descubren los manuscritos *Code Buranus* o *Carmina Burana*. Son los goliardos.

Su poesía es devota de una heterodoxa e inquietante trinidad: juego, vino, amor. Estilo vital, carácter social, destino: la condición goliardesca resulta al cabo una escuela poética. Su organización se asemeja al caos; su disciplina no acepta más ley que la del gozo mundano; su plan consiste en una jocunda y apicarada ausencia de todo plan. Les disgusta que los confundan con vulgares y populacheros hacedores de versos. El latín de sus canciones está lleno de agilidad y

fuerza, de gracia sonora y de nervio. «Son los clásicos de esta poesía bohemia», concluye Dornheim, «la más original entre la poesía mundana de la Edad Media».

Parco, en realidad, lo que de sus vidas se sabe. Los documentos de aquellos siglos poca luz arrojan sobre estos «poetas errantes», cuyas andanzas, tribulaciones, alegrías, costumbres, propósitos, temperamentos y afanes siguen cantando en las fuentes más seguras y en las que han abrevado y abrevarán los eruditos: los propios poemas. Algunos historiadores han tejido con esos versos de insolente y profana liturgia una suerte de tipología para rotular la estampa poética y vital de los goliardos. A partir de las composiciones sobre la Fortuna, en las que la mítica rueda lleva hoy hasta abajo a quien estuvo ayer encumbrado, Le Goff advierte un espíritu negador del progreso y de la Historia como sentido rectilíneo de avance, superación y enriquecimiento. La figura del eterno retorno sería así el emblema de estos trotamundos, tan excelentes bebedores y empedernidos rebeldes como incapaces de erguirse hasta la talla del revolucionario.

Critican, se burlan, satirizan, pero no pretenden minar instituciones ni mucho menos derruir aquella con la cual, de un modo informal y extravagante para nuestros ojos, mantienen todavía vínculos: la Iglesia católica. No la atacan en sus fundamentos sociales ni en sus dogmas, sino en sus desmesuras y en sus vicios. Le Goff ve en ellos los anarquistas de los siglos XII y XIII. Más prudente y exacto es aceptarlos en su condición irreductible.

La circunstancia en que surgen difícilmente encuentre paralelo en épocas posteriores: movilidad social, expansión de las universidades, y por sobretodo, una Iglesia dominadora, en cuyo ámbito irrumpían, sin mayor escándalo y sin provocar temores, junto con las críticas acerbas, un intenso deseo de quebrantar las normas del vivir ascético. Cuanto exaltó la poesía goliardesca —erotismo y vino sobre todo— ha tenido su raíz en la concepción cristiana de la soberanía del amor y en el poder redentor de la sangre bajo la especie eucarística del vino. Fuera del cristianismo, el vivir goliardesco no tendría sentido. Y en un mundo heterogéneo, donde el cristianismo fuese (como hoy día) apenas un componente de la vasta y compleja trama de la realidad, resultaría inconcebible la existencia del goliardo. Marginado, carente de fuerza en la acción, como lo quiere Le Goff; sin peso ni volumen para decidir el curso de la Historia, el goliardo es, sin embargo, la confirmación desembozada y estridente, brutal y franca de los supuestos del cristianismo. Si en algunos aspectos representa una voz de libre crítica, si en otros encarna el jocundo disconformismo hacia lo que la religión es y el ansia placentera e ingenua de lo que debería

ser, en un sentido profundo traza la prolongación caricaturesca de los valores cristianos y de la experiencia evangélica. El mundo entero es templo para el goliardo; el andar errante, su vía purgativa; la taberna, su venerado tabernáculo; las garridas mozas de hueso y carne, sus ángeles custodios; la inconstante Fortuna, su providencia segura; el mágico espacio en torno a las copas rebosantes, su banquete de amor y su convite, su cena primera y última; y aquel ímpetu dionisíaco que anula —al borde mismo del éxtasis— las bardas en que se confina al individuo, su fraterna plenitud del nosotros y su piadosa homilía de la caridad.

Al extinguirse el siglo XIII, el goliardo abandonó la escena. Mudaron las circunstancias, corrieron las centurias; las universidades se organizaron; los clerigones vagabundos y los estudiantes andariegos fueron absorbidos por otras formas más atemperadas del vivir. Expedientes más cautos, tal vez más solapados, terminaron con este errante quehacer poético. Un largo crepúsculo aguardaba al goliardo, crepuscular criatura él mismo, a quien podemos apersonarnos sólo entre la mortecina luz de la tarde.

II

Luz de atardecer y calles en penumbras, luz de inquietud y cansancio, luz de aires impuros, por donde vagan, desvergonzados y libres, aromas de asaduras y churrascos, de frituras en el puerto y de íntimas cocinas en los barrios. No hay, para el espíritu errante, pretexto más noble ni mejor estímulo para la irresponsable fantasía. Los temores por culpa de una idealización exagerada ceden; los recelos ante las acusaciones de intelectualismo se disipan, y la seguridad de estar en las fuentes mismas de la realidad (o en sus sartenes y parrillas) se acrecienta. La dispersión tras la pista de los olores es aparente o, en último término, transitoria; una nueva unidad nace, la que me coloca por arte sabio y sabroso en el centro desde el cual la vida se mantiene y la llama de lo orgánico persiste en medio de las caliginosas nieblas de la materia. Todas las virtualidades de mis potencias interiores despliegan sus alas tocadas por la magia de innumerables aromas. No aspiro a enriquecerme; me enriquezco porque aspiro. De una esquina suburbana me llega el humo espeso de una parrillada. Me envuelvo en él como en un pabellón que contuviese las sacras esencias de mi nacionalidad. Complejo perfume, patrio perfume del chinchulín, de la grasa de riñones y del hígado a la tela. Suculentos efluvios camperos, nostálgicos aires de la tradición emanan de las pulpas y de las

tripas gordas, de las tiras de asado y de las mollejas, mientras la fibra popular que me hermana con cada ciudadano trasciende, demócrata y cosmopolita, del trazo taciturno del chorizo. De una calleja humilde recojo las noticias del café y del pan tostado. Vuelvo entonces, Marcel Proust de aldea, a los tiempos familiares de la infancia; recorro las secretas veredas del bizcocho casero; me interno por los huertos cerrados de la sopa y los fideos, la harina y la manteca, y en un tiempo de natas y de cremas soy otra vez el niño solitario absorto en el regazo y en la leche.

Pero un turbión de pueblo y diversiones me invade en los olores del horno del *fainá* y de la *pizza*. La charanga y el regocijo se atropellan entre aceites y cocciones, *muzarelas* y *figazzas*. ¡Qué tarde de domingo tan abierta al compás de la salsa de tomate! Varia teoría de *pizzas* se presenta, mientras giran, alentados por los churros, calesas y ruedas gigantes, autos chocadores y minúsculos trenes. *Pizza* con jamón y mejillones, con anchoas y mariscos, con queso por arriba, por abajo y por el medio; *pizzas* a la pala y al horno eléctrico, solitarias o a caballo, dobles o triples; *pizzas* harinosas, humeantes, cálidas, untuosas, exigentes; la cerveza ha de ser su compañía o ellas dejarán de ser. Así, tras una porción picante, un vaso de cerveza, luego otro y otro después, hasta reír entre la espuma, el lúpulo amargo y la cebada, hasta los campos floridos bajo el sol rubio y generoso como ese oro líquido que salta de los vasos hacia los corazones de los hombres. ¡Fiesta de los aromas, asuetos saboreados, remansos distraídos en medio de la grisura semanal y del tedio rutinario! ¿Quién no quisiera prolongarlos? ¿Quién no busca, al fin y al cabo, la máxima intensidad del vivir y el arma omnipotente contra la frustración? ¿Y dónde hallarlas sino en esa sinfonía de aromas, en la que cada deseo se actualiza y cada sueño se convierte en realidad? Para el codicioso de fastos y pasado allí están la liebre y el chivito, el lechón en el horno del verano, la pierna de carnero en rico guiso, la mulita, que vence al jabalí; el pato medieval, craso y fornido; para los corazones hartos de pedestres deberes y de groseros rechazos de la multitud sahumerian por allá la pava y los faisanes, el pollo criado a leche, la tímida perdiz cerca del fuego; para el fatigado descifrador de claves y secretos, la ardua arquitectura del cangrejo; para el frío erudito, la ardorosa amistad de los ajíes, y las ancas juguetonas de la rana para quien tuvo infancia triste. En las vecindades de los restaurantes ábrese un mundo ilimitado: las emanaciones del sargo y la brótola a la plancha vivifican al sedentario, mientras los vientos del atún, gigante de las olas, y el aire salobre de las sardinas, iquietas como las aguas aventureras, impulsan al blanco velamen de los sueños de

libertad. El acre aroma del pulpo crea un ambiente de lejanas islas y rocas lavadas por la espuma; la centolla transporta a las grutas de misterios y tesoros; el bermejo langostino, a las zonas invioladas del desove, y el calamar, pluma de las ondas, a todos los tiempos marítimos, a todos los sabores y perfumes, a todos los mares bajo todos los climas, al mar único que golpea y golpea entre verdes y azules contra las altas murallas tras las cuales la vida se agrieta, se enmohece, se apenumbra, se achica, se apaga.

Y por entre las rebanadas y los tentáculos, las salsas y las morcillas, las ostras y las manzanas, atravesando las frituras y los estofados, los caldos farináceos y las corvinas, besando las orillas tentadoras y rosadas del jamón, recorriendo los vericuetos del matambre y la verdosa entraña de la pascualina, llegan, en aromas y en esencias, la púrpura del harriague y la dulce compañía del garnacha, las prosas elegantes del clarete y la selecta prosapia de los blancos, la franca aspereza del carlón y el cómplice gracejo de los espumantes. Y con ellos, acrecentando el caudal y acelerando el torrente, semillones, oportos y jereces; manzanillas y tintos chilenos; mendocinos, sanjuaninos y valdepeñas; de la cuenca del Rhin, de Burdeos y de Borgoña; de Grecia, de Málaga y de la Mancha, de las perdidas aldeas de Italia y de Portugal; de los lagares primitivos; de los que se elaboran sin máquina y de los que se fabrican en laboratorios; de los que toman los embajadores, los estibadores y los sacerdotes; los ancianos, los deprimidos y los mendigos; los estudiantes, las jovencitas, las matronas y las mujerzuelas; los lentos suicidas, los bailarines y los solitarios; los ignorantes, los olvidados, los desterrados, los perdidos y sus hermanos, los poetas.

Templada, al fin, el alma sin templanza, esponja de delicias, fluyente como un eterno río, la vida jocunda se entroniza, la alegría se desata en una exultación violenta, y las ansias y los tormentos genesíacos de la creación metrifican las palabras y amoldan el lenguaje en esos cauces por los cuales corre, como metal fundido, la carcajada triunfal de la invención. No se vive en ideas, sino en ritmos; no se piensa, se danza; no se discurre, se melodiza. Nada hay para expresar, ningún contenido aflige con su exigencia. Sólo se quiere anular, a través de una forma que es juego y drama, la expresión de algo para instaurar la expresividad desnuda, expresándose a sí misma. Brotan chanzas y decires, se escriben sonetos y epigramas, se emprenden odas y octavas reales. ¿Por qué? ¿Y para qué? Son bromas imprevistas, festejos de un instante, chispazos de la risa, a la cual las nimiedades estimulan. Flores de una noche, las creaciones no buscan perpetuarse, sino simplemente nacer a esa vida efímera. Les basta con presentarse

un momento y luego desaparecer, y con que cada endecasílabo juguetón, cada ocurrencia metrificada incite y asegure —antes que la perdurabilidad de lo escrito— la continuidad de una corriente anímica que participa por igual del frenesí dionisíaco y de la potencia creadora. Se persigue no la fijeza, sino la movilidad; no la figura del gesto, sino el dinamismo de la gesticulación. La misma noción de obra queda relevada por la preeminencia del obrar. ¡Cuántas noches dadas a ese inusitado fervor! ¡Cuántas noches quemadas en esa prodigalidad invencionera, que hace de cualquier trozo de papel o servilleta tabernaria la improvisada página donde dejan sus huellas los sentidos y donde el comer y el beber testimonian, a la par de los poderes del verbo, la fuerza y la alegría que les corresponde en la actividad infinita del proceso creador!

«Yo nunca puedo escribir en ayunas.» La confesión del archipoeta encierra toda una estética. También una doctrina del poder creador. Sus versos son francos, con un aire a menudo cínico y desafiante. El comer y el beber representan para este goliardo el alfa y el omega de su existencia: «La sed y el hambre los odio como la muerte.» Mientras no satisface tales urgencias no hay poesía: «Mis versos son según el vino que tomo; / nada puedo hacer si no he comido antes.» Dime qué vino tomas y cuánto y te diré qué versos harás y cómo serás fichado en el Parnaso; ante cualquier poeta podría formularse esta solicitud. No para que le den pronto despacho, porque ninguno querrá desnudar su verdad creadora. Sí para molestarlos y recordarles con qué jugos nutren sus flores exquisitas. «Nunca me ilumina el espíritu de la poesía / si antes no me lleno bien el vientre. /Cuando Baco domina en el cerebro, /Febo irrumpe en mí y hace maravillas.» Para esta jocunda criatura poética, el vino es potencia de efectos análogos a las esencias flamígeras. Muchos de sus versos hubieran sido pasto delicioso para algún nuevo capítulo del *Psicoanálisis del fuego,* de Bachelard. La chispa del espíritu se enciende en las copas. El corazón, como una llama, se eleva a las regiones celestiales. Un vientre colmado irradia la luz y el calor de la poesía. El vino suelta la lengua, y una lengua suelta es tan activa como el fuego. Esa es su poética y su dieta creadora. Un régimen así resulta el único posible para él. Hay otras formas de escribir, como hay otras vidas de escritor: «Algunos poetas huyen de los lugares públicos / y eligen los refugios solitarios de los escondites; / estudian, se afanan, pasan las noches en vela y trabajan intensamente; / pero a la postre apenas pueden lograr alguna obra valiosa.» Pero el goliardo no vive para poetizar; poetiza para vivir mejor. Es decir, para entrar en comunión con otros. Para reír y celebrar infatigablemente. ¿De qué vale observar ayuno y abs-

tinencia en procura de un verso perdurable? Huir de los alborotos y plazas públicas, ¿con qué se compensa? ¿Hay sensatez en morir sufriendo, sólo por hacer una obra que no pueda morir? La solidez de sus apetitos va de la mano con el terrestre sentido común de sus propósitos. Si el fuego es su signo, la voracidad es su destino. Realiza sacrificios para sólo una cosa: obtener placer y conservarlo y prolongarlo hasta donde pueda. Consume como la llama, pero a la vez alegra, crepita y se mueve como ella. El juego de azar también le es ardor. Le reprochan que juegue; ésos no ven la obra profunda de la pasión lúdica. Perder es al fin ganar. Pues «cuando el juego me despide con el cuerpo desnudo, / helado por fuera, en el interior mi mente arde / y compongo entonces mis mejores versos y canciones». Al poder creador del vino se une el del juego. Se trata de una nueva embriaguez. Y como tal, indispensable para esta *ars poetica*. Sólo falta una más, y la tríada inflamada se completa: la embriaguez erótica.

Venus impera. Sus mandatos deben ser acatados. ¿Quién se atreve a desobedecerlos? Triunfar sobre la naturaleza es cosa muy ardua; mantener la mente pura ante una doncella, imposible. La seriedad del corazón pesa y fastidia; la jocosidad y la alegría saben más dulces que la miel. La juventud no está hecha para la dureza de la ley, sino para los cuerpos gentiles:

¿Quién, puesto en medio del fuego, no arderá?
¿Quién permanecerá casto estando en Pavía,
donde Venus caza a los jóvenes con el dedo,
los seduce con los ojos y los apresa con el rostro?

Frente al deseo de absolución del archipoeta, los otros cantores del *Carmina Burana* proclaman abiertamente que ha llegado la hora de correr hacia el amor. Venus expande su numen en primavera. El sol todo lo templa, mientras la risa brota junto al color de las flores. Ha llegado, oh vírgenes, el tiempo de la alegría. Al influjo de los tempranos amores arde el mundo. El ruiseñor hace oír su dulce melodía. La vista del amor es aguda como la del águila y al mismo tiempo padece ceguera. Cálido y frío, audaz y temeroso, fiel y pérfido, el amor es violento en todo y fácil de aplacar, constante e inconstante a la vez. Con arte rige un imperio; sin él, la íntima noche que depara resulta cosa amarguísima.

El influjo de la primavera es irresistible. Las jóvenese se encienden cuando florecen los árboles y los pájaros cantan con alborozo. «He aquí que florecen los lirios / y multitud de doncellas entona / canciones al más glorioso de los dioses.» La naturaleza y la época del año

son guarida para estos amores. El deseo se manifiesta y sonríe: «Si yo tuviese a la que quiero, / en el bosque, debajo del follaje / la besaría con alegría.» ¿Cómo es esta amada? ¿Cuáles las preferencias del ardiente enamorado? En el delicioso poema «Juego con Cecilia» (Carm. Bur., 88) se establece la condición y la edad de la enamorada: «me horrorizan las corrompidas, / y a las meretrices aborrezco, / y también a las casadas; / pues en las mujeres de esta índole / la concupiscencia es impúdica. / De la egregia joven / me enardezco con vehemencia, / y a ella amo cada día más; / el sol está en el mediodía, / mas yo no me sosiego». Un amplio sector de lo femenino queda desplazado en favor de un solo tipo: la doncella. Virginidad y juventud gusta el amante. El juego con las mozuelas es siempre grato, y no cabe esperar de él ninguna herida. En las entrañas de Cecilia no existe hiel. Sus besos son dulcísimos. Nada puede temer el mundo: el enamorado será custodio de su frágil edad. Así, los lirios de su castidad no se marchitarán. En este amor, la esperanza ha tomado parte preponderante y la prudencia también: «Es (Cecilia) una flor; / cortar la flor / no es empresa segura». La dejará crecer hasta que esté en sazón. Entonces el pensamiento del porvenir llenará de alegría el corazón del enamorado. Porque ese porvenir no está lejano, y sus deseos, ciertamente, se hallan envueltos en chispeante cinismo, en desvergonzada y sensual avidez. «Sólo desea jugar», declara. Pero ese juego tiene etapas, avances y triunfos. Jugar con Cecilia es, por supuesto, mirarla (nada hay de reprobable en ello); hablarle cara a cara (lícito y comprensible); palpar (si ya no tan lícito, por lo menos comprensible), y finalmente, besar (los escrúpulos se alarman). En cuanto al siguiente paso, que es obrar, el enamorado se apresura a decir: «¡Por favor, nada sospechéis!» La franqueza surge al fin, alentada por una ley general y por las urgencias del instante que se vive: «Así como hacen los demás, / niña hagamos también nosotros, / para jugar el juego que nos corresponde jugar; / ambos somos de tierna edad; / juguemos, pues, tiernamente.» Este juego deleita, pero también purifica; complace los sentidos y a la vez limpia de culpa. El poema comenzó con un reconocimiento del imperio del amor sobre los dioses. Al concluir, el amor produce consuelo, al tiempo que restituye el don de la pureza. La última estrofa es de una sorprendente y deliciosa hondura:

En el consuelo de Amor
conservo mi pureza con la doncella,
no aro sobre la semilla,
peco sin culpa.

Es el hálito del cristianismo, del cual no pueden evadirse los goliardos. Los colores paganos que refulgen en muchos momentos de esta poesía no empalidecen la luz que invariablemente la nutre y sostiene. La ausencia de culpa lava el pecado. Pero éste sigue siendo pecado. La conciencia de la falta no ha desaparecido. Todo el poema está construido en torno a esa llaga. La vida goliardesca ha querido disminuirla, y en buena medida lo ha logrado. No ha podido, sin embargo, borrarla. El amor de una doncella, tan fervorosamente codiciado, es el signo de que Venus aún contiene, no obstante, su imperio y su potestad, su primavera y sus flores, sus glorias y sus éxtasis, sus rosas y sus lirios, la posibilidad de una falta y el aura sombría de la condenación. Venus también es fatal. Nadie puede aplazar su momento ni saltar sobre su territorio. Sus delicias son irremediables. En el reinado de Venus acecha la tiranía. Por eso el juego es buena manera de atemperar el rigor de sus lazos. Se prefieren la risa, la disculpa y las tiernas jovencitas, cercanas a la infancia y al perfume de paraíso que exhalan. Y se prefiere, al fin, recorrer con alegría esa senda, dado que hay que recorrerla. Pues todos los caminos, dice el archipoeta, «conducen al lecho de Venus».

III

Como si tuviera el tiempo entero por delante. Mediodía de otoño claro y húmedo. ¿Abril tal vez? Pausa en las tareas, desvío y mirada a los árboles de aquella esquina de Malvín. Sosiego en las calzadas, sosiego en torno al bar, sosiego en su interior, entre las mesas solitarias y en su atmósfera ritual y suburbana. Todo el tiempo por delante... ¿Por qué aquella ilusión? ¿Por qué el empeño en agrandar la brecha contra el muro de horarios, obligaciones, engranajes, desposesiones de sí mismo? No quería recordar cómo había malvivido esa mañana; no quería imaginar cómo habría de malvivir durante el resto de la tarde. El aire y el cielo dulcísimos, dulcísimas las hojas amarillas, dulcísima la luz que el ventanal refractaba en el ambiente. Dulcísima la paz de aquel lugar, de aquella hora, de aquella quietud. Todo era leticia con sólo abrir los ojos; arrebato manso y claro con sólo dar oído al canto de las aves invisibles; embriaguez antes de mojar siquiera los labios en la púrpura del vino. ¿Para qué recordar? ¿Para qué prevenir? ¿Por qué vivir de sucesiones? Si antes y después había el vacío, ¿por qué soportarlo dentro de aquel vaso? Siempre rebosante y a la mano, ¿no estaba allí la plenitud querida?

Alguien hurgaba en una radio los ruidos humildes del suburbio. Cada cosa fue humilde entonces, limitada y exacta en su poquedad. Humilde el vino, ácido y barato; humildes las mesas plebeyas del bar, y sus paredes, pintadas de un celeste pobretón; humilde la soledad de un hombre frente a su vaso; humildes las notas del tango que cerraron el círculo del éxtasis.

Ninguna exigencia quebraba aquella hora, que se bastaba a sí misma; ningún reclamo de calidades agriaba la comprensión de la realidad, tosca y fuerte, irreemplazable y vulgar. ¿Qué faltaba para la maravilla? ¿Qué impaciencia idealizadora hubiera dado la posesión de aquella realidad entraña adentro? Por un instante, la sucesión se detuvo y fue colmado todo deseo y todo recuerdo hecho presente. Instante único y perpetuo, al cual pasado y futuro rinden vasallaje; instante de lúcida embriaguez pasmosa; no es posible repetirte; no hay caminos para volver hasta ti; te has cercado de soledad y desiertos inmensos. Por ti y en ti, sin embargo, se es; desde tu sol y tu música vivimos para aprender a morir; te hemos dejado atrás y a la vez nos antecedes; te olvidamos y nos llamas; te llamamos y nos hechizas; nos desafías y nos rodeas; no somos iguales a ti, pero en ti nos hallamos, enteros y verdaderos; ha sido tuyo sólo un átomo de nuestra vida; pero eso ha bastado para ofrecerte toda la sustancia memorable o nimia de nuestro tiempo y de nuestra locura, de nuestra fe en la nada y en la desesperación.

El archipoeta se confesaba ante el obispo mediante un poema goliardesco; nosotros nos confesamos (¿ante quién?) mediante la glosa de sus poemas. Sentirse fascinado por los goliardos —por su poesía y su vida inseparables— equivale a reconocer y que nos reconozcan la pasta de que estamos hechos, los alimentos con que nos nutrimos, las vacilaciones y los prejuicios que nos acompañan fielmente, las ilusiones pertinaces que nos habitúan al error, las inhibiciones que nos vuelven risibles, la sorda frustración desde la que amamos y odiamos: nuestra intimidad verdadera. Tenemos apetitos, volubles y de corto alcance; los goliardos los tenían robustos y firmísimos. Vivimos embretados por horarios, obligaciones y sojuzgamientos; a los goliardos espoleábanlos la tentación errabunda y el ejercicio libérrimo de sus reales ganas. El amor es en nosotros episodio; en los goliardos, epopeya de sus corazones. Bebemos y nos avergonzamos; bebían los goliardos y lo proclamaban cantando. Nuestras horas en los bares son robadas al trabajo y al sueño; las horas tabernarias del goliardo eran todo su trabajo. Mendigar para vivir nos espanta; he ahí nuestro infierno y nuestra moral aniquilación. El goliardo mendigaba como quien cumple un rito burocrático; era el diario pontazgo que recababan para mantener

llenas sus copas. Gastamos todo el tiempo en asegurar el porvenir, que nunca viene; gastaban los goliardos sólo el presente y tenían el resto de los tiempos bien seguros. Deseamos el otoño en primavera y la primavera en otoño; para el goliardo el año entero era estación florida. No tenemos más liturgia que la de la propaganda ni más destinatario de nuestras preces que la plusvalía; con poemas disfrazaban los goliardos su liturgia, y en su liturgia se había escondido un dios. Fragmentados, exprimidos, avasallados, hombres a medias y en ruinas nosotros; los goliardos, el modelo vital que nos seduce y el paradigma que henchimos de ambiciones. El prestigio de los siglos y las escasas huellas de sus poemas los convierten en figuras legendarias y en arquetipos, a los que remitimos con remordimiento exaltado las tímidas mareas de nuestras alegrías y el mísero rescoldo de nuestra rebelión. ¿Puede renacer esa forma vital? Tanto el modesto sentido común como el esclarecido dictamen histórico dicen que no. Carmina Burana es único, irrepetible, sujeto a un lugar y a un tiempo. La supervivencia que se quiere para el goliardo tiene signo crepuscular: evanescente, apenumbrada, llena de esquividad y misterio, de acabamiento y agonía. Hora en que casi nada mantiene vigencia, pero en la que casi todo es posible. Hora de confusión y andar a tientas, de imaginerías liberadas y de vagos reclamos. Disuelve los contornos y convierte las cosas en un magma hirviente de insinuaciones y fantasías. Pone al día en entredicho y lanza graves interrogantes sobre la noche cercana. Del día conserva un borroso recuerdo; de la noche, un nostálgico presentimiento. Con ambos está en conflicto; los divide y a la vez los enlaza. Su conflictualidad nace de su ser transitivo: paso del azul al negro, del sol a las estrellas, de la vigilia al sueño. Vive de una doble ausencia: la de la claridad y tiniebla definitivas. Tal la criatura goliardesca que nos empeñamos en resucitar. Sospechamos en ella también una conflictualidad con su tiempo. Goce del vivir, no ascetismo; disfrute del mundo, no aislamiento ni desprecio; expansión de los sentidos, en lugar de su represiva mortificación. Eso es lo que colegimos de la lectura de los Vagantenlieder y aún más de la audición de la espléndida música con que Carl Orff regaló al mundo cuando revivió los viejos manuscritos benedictinos. Pero el goliardo sorprendido en nuestro crepúsculo no es el mismo de los siglos XII y XIII. No puede serlo ni interesa tampoco que lo sea. Más que verdad histórica absoluta, nuestro goliardo es maleable forma vital. Su virtud ha de estar hecha, sin duda, de nuestras proyecciones sentimentales. Los conflictos que en él sospechamos, en nosotros han vivido y viven aún; su sensualismo y su jocundia son maneras que aprovechamos para criticar los mitos de nuestro tiempo y pulverizarlos. Desmitificador independiente, el go-

liardo es ejemplo de cómo ir contra la mitología de una época sin sufrir esterilidad por obra de la crítica exacerbada. Aquella condición anárquica que atribuía Le Goff al goliardo se entiende a la luz de su osadía para reírse de todos los mitos y derruirlos, porque nada falso escapa al hombre enardecido cuando el vino pone fuego dentro de su corazón. Pero la avidez desmitificadora de nuestra época es excesiva. Ningún goliardo lograría satisfacerla. Si en el vino está la verdad, en los labios que lo beben no se atreve a colocar crédito nuestro siglo hipócrita.

IV

Al dar vuelta a las hojas de un viejo libro y hallar una palabra escrita por mi mano; al sentir el perfume de una flor en la noche y querer recordar el ritmo de un poema, del cual permanecen en mi memoria algunos versos; en las mañanas de verano o en la sombra de los árboles sobre una callecita de barrio; al oír músicas de baile olvidadas y mirar fugaz la piel de una adolescente un atardecer de tantos en primavera; al sentir el viento en el jardín y el rumor de los árboles que planté y a los cuales no veré secarse; al observar los juegos de mis hijos y recordar que también para mí fueron eternos; al hollar la ciudad solo, sin saber qué hacer con el tiempo, y con el tedio, y con la luna de los parques, y con la risa de aquella muchacha junto a la cual hablé hace años, de lo que no había por qué hablar, y callé lo que todavía hoy es necesario decir; al querer enamorarme ahora y, por temor o secreta venganza, no conseguirlo, y al notar por cuántas vías se me avisa qué cerca estuve alguna vez de los amores y con qué desdén entonces no los quise para mí; al sumar cada día otro cansancio, otra melancolía, otro reproche; al conocer cómo es de vasta esa región clausurada que llamo mi vida, la que no viví ni podré tal vez vivir, la que se fue o nunca vino, la que dejé gastarse y agrietarse y deshacerse, vida perdida quién sabe en qué pozos, en qué esquinas, donde fui siempre pasajero; en qué manos estrechadas un segundo, en qué esperanzas arruinadas, pasado y futuro carcomidos, secos hierbazales, vértigo insensato, remolinos de polvo, ¿qué asir sino el vaso de vino, qué sabiduría oír sino la letanía sensual y la carcajada tabernaria del goliardo?

V

El hombre interrumpe su labor en aquel salón oscuro de la vasta biblioteca. Cierra el ejemplar del Carmina Burana, los diccionarios que lo rodean, los eruditos estudios, los volúmenes de historia, las traducciones francesas, castellanas e inglesas. Recoge sus cuartillas manuscritas y las guarda en una carpeta verde. Se pone el saco, se alisa el cabello con displicencia, suspira y, tras apagar la única lámpara del recinto silencioso, sale a la calle. Conmueve verlo entre gentes apuradas, ómnibus repletos y automóviles portadores de impaciencias. Camina algunas cuadras, en un semisueño pueril y dulce. La corriente del rebaño humano lo arrastra a su sabor, lo detiene un momento, lo impulsa después, lo lleva de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. A su lado van apareciendo los habitantes de los escritorios, tan serios como él, igualmente ensimismados dentro de sus trajes de confección, soportando con igual dignidad acartonada el yugo del cuello y la corbota, símbolo de su orden, disntintivo de su legión, sello del combate burocrático entre el humo del café y del cigarrillo y la niebla impenetrable de la sórdida rutina.

Es el río puntual del fin de la jornada. Atrás quedaron el periplo del asedio al expediente, la peripecia con el jerarca, el duelo singular con el teléfono, el dramático Scila y Caribdis de la calculadora o el canto de sirenas del estímulo a la producción. El portafolio bajo el brazo, todos son Odiseos fascinados por Itaca querida: la alpargata y el televisor. Nada ven, nada observan. Sobrios, correctos, cansados, pero fríamente corteses, deliran para sus adentros, mientras sus gestos de sonámbulos contribuyen a mantener el orden y a respetar las normas de convivencia. El hombre de la biblioteca está muy a gusto en ese orden y antes se dejaría arrancar —si no su mano derecha, sí sus manuscritos— con tal de no violentar alguna de esas normas. Aislado del río humano, no vacilaría en integrarse a él si algo o alguien pusiese en peligro esa cómoda solidaridad por la que cada gota del río discurre, redonda y cerrada en sí misma, sin mayores molestias. En verdad, a todos desprecia educada y secretamente. A su vez, todos han de despreciarlo; es tan gris y minúsculo como ellos. Pero, ¿cómo mantener esa solidaridad sin el mutuo desprecio? Vedlo ya en el ómnibus: forcejeó, atropelló, se disculpó, consiguió un asiento, se hundió en sí mismo. Nadie lo censura. El tampoco se autocensura. Es ley de esa solidaridad. ¿De qué otra forma sería posible la vida cotidiana? Esta se hace a fuerza de concesiones, tolerancias, indiferencias y encogimiento de hombros. Es el reino del disimulo y el ambiente natural del desprecio. La trivialidad y la laxitud son sus primeros ministros;

la atonía moral, la estulticia y la cerrazón mental, sus puntuales ejecutores, y su código inflexible, el egoísmo educado, la mesura prescindente, la sacralización de la ceguera. En ella nada cambia. O mejor, nadie quiere el cambio. Su parasitario vegetar confunde la costumbre con la repetición mecanizada y el estereotipo; la lucidez de la crítica, con el sonsonete de la propaganda; la fuerza renovadora de la tradición, con el sumiso asentimiento y la histérica idolatría de las instituciones. Es la garantía de la burocracia, y la burocracia, la abanderada del inmovilismo. Sin lugar a dudas, deja vivir. Pero esa vida permitida resulta la contradicción más flagrante del vivir verdadero. No admite la disonancia, ni el rapto de enérgica locura, ni la audacia generosa. No crece, acumula; no respira, hiberna; nada asimila, se mineraliza; nada engendra, se emascula. La vida cotidiana —impotente para crear— fabrica en serie el *homo-quotidianus*, virtualmente un autómata, según Lefebvre. La estrechez de su círculo concede apenas las operaciones elementales de la aritmética del sobreviviente: despertar, desayunar, laborar, almorzar, laborar otra vez, cenar, dormir. Así casi todo el año, salvo aquellas jornadas en las que se sustituyen cantidades iguales: aburrirse en el cine, en lugar de aburrirse en el trabajo; fornicar, en lugar de cenar, o desayunar, según las oportunidades y los gustos. ¿Qué sentido puede tener todo eso? ¿En nombre de qué o de quién lo cotidiano se transforma en rito y cualquier rito en cotidianidad? ¿Para qué conservar tan bien aceitada la maquinaria, tan sin sobresaltos, tan segura de su capacidad, de su ritmo, de su destino, como el ómnibus en que vuelve a casa el hombre de la biblioteca?

Un golpe, de pronto. Un ebrio en el pasillo. Una voz destemplada y ardiente que grita, denuesta, atropella, desafía. Un huracán se desata en el interior del ómnibus. Alguien revuelve, desde su embriaguez, la santa calma de esa sociedad atomizada. Por unos minutos el ebrio se adueña de la atención de los pasajeros. Les canta canciones incomprensibles, desvergonzadas, eróticas. Los invita al placer y a la liberación sensual.

Pretende hacerlos reír, sin darse cuenta —o tal vez con excesiva perspicacia— que los pasajeros no ríen, ni habrán de reír, ni lo querrán, ni les parecerá decente. La maquinaria, antes bien aceitada, rechina ahora. Sus engranajes defectuosos quedan al descubierto. Lo cotidiano se agrieta y deja ver zonas desconocidas y estremecedoras. El sin sentido amenaza desde todos los rincones. Por unos momentos, mientras el ebrio permanece en el ómnibus, un silencio cómplice envuelve a los pasajeros, arrancados de sus alvéolos, zarandeados por aquella voz vinosa y aquellos cánticos tabernarios. ¿Un goliardo del siglo xx? No piensa en ello el hombre de la biblioteca.

Calla y espera. Rumia, como los demás pasajeros, pensamientos de tranquilizadora salvación. Se alegra secretamente de no ser como aquel hombre; desea con fervor que las autoridades (guarda del ómnibus o guardia civil) se lleven de una vez al molesto intruso; lanza miradas de asqueada comprensión en su torno, y cuando al fin desaperece el ebrio y cesan cantos, incoherencias y procacidades, su voz ordenadora, recatada en su indignación, voz asordinada por las penumbras de las bibliotecas, voz amansada sobre los infolios, decantada con parsimonia entre carpetas y manuscritos, se levanta sin exageración y abre el largo, abigarrado capítulo de las censuras, reprobaciones, sentencias, condenas.

Es el corifeo, y el coro, el protagonista y el deuteragonista en esa incruenta crucifixión. Interroga a sus compañeros de viaje, responde por ellos, los azuza, busca ideas, atrapa giros, los arrulla, los seduce, los convence: nadie de los que allí viajan es como aquel ebrio. Todos se liberan de las garras del vicio con sólo escarnecer a quien las padece. Todos quedan exentos de dipsomanía, limpios de sucios pensamientos, absueltos de asquerosos actos, redimidos de la más leve sombra de salacidad. El hombre de la biblioteca ha puesto en su palabra la unción de la oratoria sagrada. La miseria, que amagaba ser de todos, ha refluido a sólo un hombre. El desorden ha encontrado un culpable. La convivencia ha sido restablecida. Y el infierno tan temido, vislumbrado entre el horror y la sorpresa, ha sido conjurado y vencido una vez más.

La vida cotidiana se rehace y sigue imperando. A cada pasajero del ómnibus le ha sido concedido el poder de ser de nuevo padre de familia, trabajador y honrado; de pensar que lo que ha visto y oído es apenas un instante nimio que no dejará rastro alguno. Todos volverán a sus hogares o a sus tareas tan seguros y confiados como antes. ¡Como antes! Si supieran de qué estupenda estafa han sido víctimas y midieran el horror contenido en estas palabras: como antes. En la reanudación de lo mismo se les remite a un sopor intolerable. Se les condena así a la degradación y se les quiere mulas de noria, consumidores perpetuos, entidades sin aristas, partículas domesticadas que no hagan temblar nunca la pirámide de los usurpadores y de los beneficiarios. Todo se les da hecho, prefigurado, pensado por otros. Nada deben a sí mismos: ni sus modos de amar, provistos por los medios masivos de comunicación, ni sus modos de opinar o de hablar o de vestir. ¡Si vislumbraran que frente a ellos pasó, en el interior de aquel ómnibus, una ráfaga de misterio y plenitud, de vida abierta y fulgurante, de sinceridad y desparpajo! ¿Qué dirían si conociesen que el éxtasis, la alegría salvaje y la primavera se los robó la hipocresía;

que la ruptura con las diarias falsedades y la agudeza de visión crítica se los robó la hipocresía; que los verdes frutos del árbol dorado de la vida, la hipocresía también se los robó y quizá para siempre? ¿Qué dirían si palpasen la falsedad de una moral de hipócritas, la organización social de los hipócritas, la cruenta mentira sobre la cual los hipócritas medran, y edifican, y prevalecen? ¿Qué dirían si se les alcanzase que ninguna cosa que los hipócritas condenan es de veras condenable? ¿Qué diría nuestro hombre de la biblioteca?

Muy poco. O probablemente nada. Ha llegado a su casa. Se ha acostado en seguida. Madrugará. Arribará en buena hora a la biblioteca. Encenderá la única lámpara. Se engolfará toda la jornada en el estudio. Abrirá el Carmina Burana. En viejos documentos beberá salutíferas verdades. Las que tratan de su mayor pasión: los goliardos.

VI

Tienes el rostro de todos; en muchos sitios te he visto, con muchas bocas hablaste. Eres el hombre que no ha de recordarme, pero a quien no puedo olvidar. Te he hallado junto a las mesas donde corre el vino; he reído en tu compañía; me has contado tus secretos; he conocido el sabor de tus fracasos y paladeado el zumo de tu desilusión, espeso y agrio. Has bebido conmigo en silencio, sin conocerme. Has sido el saludo de un instante en aquel bar penumbroso de la ciudad vieja, cuando yo, sin motivo, estaba triste; el oído que recogió mis palabras que nada decían, al amanecer, en una esquina suburbana; mis amigos todos, entre quienes caldeaba un helado temor, y una angustia sorda, y un desabrimiento infinito; el hermano con cuya hospitalidad quedaba yo renovado, y el hombre anónimo a quien compadecí sin saber; el muchachito que soñaba con sus enamoradas, y el viejo aquel que amaba los árboles, y sabía del crecer de las legumbres, y bebía lentamente, viendo pasar la tarde entera, oleosa de tierra removida y de recuerdos. Has sido mi abuelo, sentado bajo su higuera, mientras cloqueaban las gallinas y zumbaban los moscardones del verano entre los higos maduros y el vaso de vino negro, inocente y furtivo. Estoy solo ahora y quiero oírte. Pedir a tu corazón —que el vino inventa— la sabiduría, y a la turbia clarividencia de tus ojos, la luz para el futuro. Porque te busco todavía, porque no tienes más nombre que el que yo pueda darte. Hombre de mis calles y mis horas baldías, confusa senda para la fraternidad, áspera tentativa de comunicación, múltiple y uno, Enomántico.

VII

El fin está cerca, la catástrofe acecha. No hemos avanzado un paso para conocernos y unirnos. Hemos olvidado las dos formas principales de comunicación, las que de veras son nuestras y que nos arrebataron desde los orígenes, las únicas que caben en nuestro futuro si queremos seguir siendo hombres sobre la tierra. Una, amar a las jovencitas cuando es tiempo, y a las mujeres hechas, durante su sazón, y a las maduras, en sus otoños de fuego y niebla. Amar por sobre todas las cosas a esa mitad del género humano que vale infinitamente por su poder erótico y tediosamente por su compañía. Amarlas no a través de la propaganda, que nos condena a un estereotipo; no a través de las modas, que nos sujetan a un momento; no a través de las instituciones, que nos encadenan. Amarlas en su desnudez, siempre más espléndida que sus pretensiones; amarlas en su debilidad, siempre más poderosa que nuestras fantasías. Amarlas por lo que son, no por lo que intentamos que sean. Amarlas sin engaños, que ya bastantes interpone entre ellas y nosotros el tiempo artero. Amarlas de solteras, porque todo lo creen; amarlas de viudas, porque todo lo añoran; amarlas de casadas, porque nada creen ni añoran nada. Amar, por sobre la irritación de la vida diaria, a la mujer propia; por sobre la irritación del vecino, a la ajena, y por sobre la indiferencia del mundo, a la que dueño no tiene.

Amarlas en la cama, y antes de la cama, y si se atreven, más allá de la cama. La mujer es para la cama, así como el hombre es para el sueño. Musas, princesas, ninfas egerias, damas de la invención trovadoresca, misticismos adolescentes: he ahí un ejército de vientos tristes, de fantasmas en pena, de condenados a errar por los siglos mientras no encuentren cama donde refugiarse, encarnarse y brotar a la vida. La cama es el medio de comunicación del amor; sin ella, el amor es un pálido expatriado, un esperpento, y al cabo de los años, un espanto. El camino que llevaba a la casa de nuestra novia primera; el que nos conducía a la aventura inicial; el que daba al balcón aquel, a aquel portal; la senda por la cual nuestros pasos, impacientes y temblorosos, llegaban en aquella noche de luna hasta el jardín donde robábamos un beso, borrados están por el tiempo; a todos los tragó el olvido, y nuestra memoria ya no sabe de sendas, ni de pasos, ni de jardines. Pero el camino a la cama nunca se olvida. Noche a noche se reitera; nuestro cuerpo entero es memoria; nuestros hábitos, recuerdos imborrables. ¡Desdichado aquel que duerme en cama de una plaza! ¡Y mayor su desdicha si esa cama es la única en su alcoba! Más de la mitad de nuestra vida pasamos en la cama. Con una mujer

en ella tenemos grande remedio contra la soledad y asegurada para siempre esa forma ardorosa de la comunicación.

La otra forma, no menos ardorosa, es complemento de la anterior. Si el amor es sal de la vida, ésta es su pimienta. Si la primera nos alegra en la cama, la segunda lo hace en la mesa. El erotismo nos comunica con la otra mitad de la especie; el vino, con la totalidad.

Espíritu de las viñas, viejo y nuevo demonio, tu nacimiento es aún más venerable que el de la agricultura. En tu preparación intervienen las más sutiles transformaciones; en tu cuerpo se alían los secretos poderes de la materia con los increíbles arcanos de la vida orgánica. En tu fermentación está presente el espíritu; en tu perfume, el pensamiento; en tus múltiples sabores, la única verdad. Ante ti la soledad se rinde; cada hombre que te bebe siente nacer en su seno otro hombre. Ningún amigo tuyo vive sin compañía, ningún triste permanece en su tristeza, ningún alegre ve menoscabada su leticia. Multiplicas las energías y acrecientas la confianza; por ti es más brillante el sol, y la tierra, menos insoportable en su terca estabilidad. A tu influjo se demuestran las hipótesis que elaboraron sufridos sabios: los mundos giran de veras; nuestros sentidos son deliciosamente engañosos; la tierra no se está quieta nunca. Por ti los dualismos se robustecen, y en viendo doble, los hombres se benefician: el platónico admira, junto al mundo descaecido de la realidad, el incorruptible de la idea; el pitagórico hace maravillas con el cuatro; el cartesiano tiene a un tiempo la *res cogitans* y la *res extensa*, y el individuo de nuestro tiempo observa de un golpe la estructura y la infraestructura de la realidad social. Frente a ti, los enemigos deponen la cólera: el revolucionario abraza al conservador; el poeta encuentra justo y sabio al crítico; el burgués derrama alguna lágrima por el proletario. Quitas las máscaras de todos los rostros y a todos los seres vistes de su propia luz. Derribas la solemnidad y ablandas las estatuas de cartón. Haces reír al físico de las leyes de los cuerpos y al adusto jurisperito del cuerpo de las leyes. Quienes huyen de ti son corazones empedernidos, a los que sólo aguardan condenación, tinieblas exteriores y rechinar de dientes. Sin ti nunca hubo paraíso ni lo habrá para nadie. Bienaventurados los que lloran un día, siempre que al otro se les conforte con vino. Bienaventurados los que padecen sed de vino, porque ésos nunca serán hartos. Quien te bebe una vez, oh todopoderoso, habrá de beberte por el resto de sus días, sin apagar su sed jamás. Confundes todos los tiempos: el pasado es presente, y el futuro, pasado. Y también los unes: pasado, presente y futuro son un instante eterno.

Sólo tú podrás hacer olvidar la paz, que tantos aborrecen; sólo tú alegrarás en la guerra, que tantos adoran. La sociedad nuclear te

necesita; eres mejor explosivo que la previsible bomba que ya se oye como acorde de postrimerías. O todos los que habitan este mundo te beben, o se arrojarán en la nada. O corres como inagotable río o caerá sobre nosotros, dentro de muy poco tiempo, la aniquilación. Beban las multitudes, el planeta entero se cubra de ti; huelan los cielos como un vasto lagar. Los justicieros han fracasado; los redentores han sufrido escarnio; los arquitectos del porvenir han huido antes que los edificios se desplomen y los aplasten. Sólo tú permaneces, sólo tú alientas, sólo tú redimes. Y sólo tus ministros, los goliardos —aun desde sus crepúsculos—, podrán entregar la clave de la familiaridad con lo sagrado. Pues ni la sangre de los dioses ni la de los hombres encuentran ya altares. Tan sólo tu sangre de vides traerá nuevo sentido al sacrificio y nuevas esperanzas para las generaciones. Sólo en ella, con ella y por ella, se cumplirán las promesas.

Así habló Enomántico.

VIII

El mundo que se construye en mi torno y al cual, de grado o de fuerza, algo doy para su construcción, es danza fantástica de ocultamiento. Todos saben que voy a morir. Nadie, ni nada, me lo dicen. Sé que todos morirán: a nadie lo digo, ni me acuerdo, ni quiero acordarme. ¿Dónde está la muerte? En todo y en nada. Han montado en torno suyo poderosas industrias. Ejércitos innumerables la nombran a través de sus armas. La fiebre de velocidad es signo de su invisible presencia. Media humanidad vive para cercar la muerte y tener sujeto por unos momentos su invicto poder; la otra mitad vive para liberarla, y acelerarla y sembrarla sobre la tierra. La medicina y la higiene prolongan la vida con infinitos esfuerzos y labores ímprobas; no menos dedicación ni perfeccionamientos menores se ponen en elaborar las armas más destructoras que haya conocido la Historia. No hay vida cotidiana tolerable si la asalta la sombra de la muerte; pero no hay fiesta verdadera ni entretenimiento eficaz si las sales de lo mortífero no condimentan el manjar de las horas excepcionales. Exorcizamos la angustia con la absorción periódica de aquellas muertes que ocurren en el cine, en los diarios, en las novelas. Cuando tenemos la certidumbre de morir, quedamos paralizados: nunca se nos enseñó esa verdad, siempre nos han mentido, nuestro contorno nos ha engañado. ¿Cuál es nuestra experiencia del morir? Cínico y feroz siglo: si la muerte es sólo accidente, tropiezo molesto en una carrera desenfrenada, la vida, producto del acaso, resulta danza entre

escitas y charla de beocios. ¿Quién consiente en pensar la muerte cuando es tan poderoso el hombre? Cuando los astros empiezan a sufrir huellas humanas, ¿quién piensa esas huellas como las marcas de seres fatalmente mortales? Vivir es empresa que no puede frenarse; morir, mera sustitución de funcionarios. Vivir es toda una historia; morir, apenas un instante. Nadie muere de repente, enseñó un diablo de los sueños quevedescos. Nuestro siglo ha enviado al diablo esa verdad: hoy día todos mueren de repente. Si alguien, en plena salud y con todos sus sentidos cabales, dice en voz alta que día a día muere, que minuto tras minuto agoniza, que el instante fugitivo es ladrón de su vida y embajador seguro de su muerte, será tenido por loco, le lloverán burlas si persiste o le esquivarán como a un leproso si al fin, intimidado, calla.

En el seno de la alegría, de la plenitud o de la embriaguez, está la muerte cobijada. El goliardo exalta el goce, el amor, la primavera, la vida; tras cada uno de esos versos la muerte se insinúa. Sus cánticos celebratorios se recortan sobre el incesante flujo de una monodia fúnebre. Cada sorbo me aproxima a la muerte; cada trago aviva su certeza; cada vaso apurado acorta mi camino. Las transformaciones de la embriaguez hablan de la precariedad de mi vida. El vino tiene destellos de relámpagos mortales. Todo lo ha disuelto en mí: tristeza, memoria, afanes, proyectos, nombres, quereres, temores, ilusiones, odios, bochornos, decisiones. Todo eso es la vida. Ya quedó atrás. Soy un punto inmóvil, una fría fijeza, un callado asombro. Un corazón vacío, un vaso vacío. Mi muerte, apenas.

ALEJANDRO PATERNAIN

Beyrouth, 1274
MONTEVIDEO